

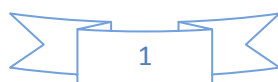
CONCEPTO DE LITERATURA

EN EL SIGLO XVIII

ALUMNO: RUBÉN ORTEGA JIMÉNEZ

ASIGNATURA: PENSAMIENTO ILUSTRADO

FECHA: 17/01/2012



INDICE

| | |
|---|-----------|
| -INTRODUCCIÓN..... | página 3 |
| -ANÁLISIS SOBRE LOS TEXTOS DEL CORDE..... | página 10 |
| -ANÁLISIS ESTADÍSTICO: CONCEPTO DE LITERATURA EN EL SIGLO XVIII..... | página 19 |
| -COMENTARIO PERSONAL DEL TRABAJO..... | página 20 |
| -BIBLIOGRAFÍA..... | página 21 |

(De las dudas sobre el propio trabajo
sólo llega a consolar la certeza de saberse
dedicado a una tarea noble.)

LUIS GARCIA MONTERO

INTRODUCCIÓN

Sin duda podemos decir que existe una conciencia literaria. Si la literatura esconde detrás de las palabras a determinadas personas / autores, aquí venimos a perseguir su sombra, esa silueta oscura al otro lado de las páginas.

Escribir un libro, un trabajo, a menudo puede resultar una batalla interna contigo mismo. Hablamos del oficio de escribir, a veces tan extraño pero a la vez tan propio como nuestro propio nombre. Como decía, escribir puede resultar una tarea cuanto menos agradable si no se tiene seguridad en lo que se está expresando, y esa batalla solo tiene sentido si cada vez que se escribe se hace con la intención de aprender a escribir, de escribir algo nuevo, todo esto, con ese sentido que recoge Jaime Gil de Biedma “con la pasión que da el conocimiento” (Gil de Biedma, *Volver*, 1989: 115).

Durante algún tiempo he estado trabajando sobre este tema, “el concepto de literatura”, recopilando información, buscando las palabras adecuadas y la forma correcta de comunicar ese conocimiento adquirido, con el objetivo de poder llegar a rellenar, aunque sea una serie de páginas, quizá dos frases o incluso varias palabras seguidas que merezcan la pena. Trabajar, ese es el objetivo, analizar los textos para encontrar esa maldita verdad final (si es que existe), porque con las palabras se producen las ideas, no se trata de que escondan un secreto, sino que detrás de cada palabra se esconde un sentido, un sentido diferente para cada palabra en una determinada época, y por eso hoy estoy aquí escribiendo estas líneas, pensando cada palabra que digo, con el amor que me produce –aunque haya sido tan solo en este trabajo- dedicarme a una tarea como es la literatura.

Pero ¿a qué llamamos hoy literatura?, la respuesta puede estar en una serie de discursos que se caracterizan por ser obra de un autor, esto es, ser un objeto construido por un sujeto. Lo que diferencia a los textos literarios de todos los demás discursos sería el hecho de que en tales textos se expresaría mejor que en ninguna otra parte la propia verdad interior, la propia intimidad del sujeto / autor de la obra. La existencia de la literatura, o de ese tipo de discursos llamados literarios, surge cuando aparece la lógica del sujeto, ese autor capaz de expresar mediante palabras su propia verdad interior. Pero aquí no vengo a hablar de la literatura siguiendo este camino, sino que vengo a mostrar cómo evoluciona eso a lo que hoy llamamos literatura, analizando el concepto de literatura según la época en la que el texto fue escrito. Solo analizando la literatura desde el origen hasta nuestro tiempo o incluso centrándonos en un espacio de tiempo determinado, podremos entender por qué tiene ese sentido la literatura hoy en día o concretamente en el siglo XVIII, que es el espacio de tiempo que vamos a analizar.

A lo largo del siglo XVIII, y sobre todo a medida que se acerca el final del siglo, se van fraguando distintas restricciones semánticas sobre el concepto de la literatura, en especial, la que ha venido a limitarla como un arte bello que emplea como instrumento la palabra. Esa acepción triunfa con el romanticismo, lo cual no impide una fase preparatoria dieciochesca, puesto que nunca hay una ruptura total ni un punto de nacimiento en concreto sobre una determinada cuestión. La literatura, las determinadas características de una época surgen a través la historia, de las relaciones sociales, etc.

Ya en 1797 Jovellanos había pronunciado un discurso "*Oración sobre la necesidad de unir el estudio de la Literatura al de las Ciencias*". Jovellanos en este texto plantea el concepto de buenas letras para referirse a la literatura. Habla de las ciencias como el vehículo para comprender la historia, el mundo en el que vivimos, pero también habla de la "buenas letras" como parte del estudio de la vida muy importante. Argumenta que si las ciencias esclarecen el espíritu, la literatura lo adorna; si aquellas le enriquecen, la literatura pule y avalora sus tesoros. Las ciencias rectifican el juicio y le dan exactitud y firmeza, la literatura en cambio le da discernimiento y gusto, y la hermosea y perfecciona. Con estas ideas puestas sobre la mesa, ya solo faltaba dar entrada en el terreno de juego literario al componente específicamente estético, para que la idea de literatura coincidiera con la actual.

En cambio, conocemos peor los antecedentes del término, su nacimiento y primeros pasos como voz culta del español. Corominas, además de informarnos acerca de la patrimonial *letradura*, señala una primera documentación de Literatura en el

Universal Vocabulario de Alfonso de Palencia. Las dos autoridades que para nuestra voz registra el primer diccionario académico son muy de finales del siglo XVII, lo que acaso podría indicar que su uso era raro en el español áureo. La definición de esos dos testimonios dice así. "El conocimiento y ciencia de las letras", y no parece sustancialmente modificada, aunque si algo mejorada en *Terreros*: "doctrina y conocimiento profundo de las Letras o ciencias". De todas formas, los textos citados en *Autoridades* desvanecen por sí mismos la incertidumbre, pues nos presentan a sujetos y literatura, es decir, de sabiduría, de amplitud y profundidad de conocimientos en diversas materias, como podemos observar en el ejemplo: "El oficio de juez pide talento mui superior, ya que esté dotado de *literatúra* y ciencia, casi divina". (*Diccionario de autoridades*, su voz "literatura"). Así el concepto de literatura aplicado no solo a individuos aislados sino a una colectividad viene a coincidir con el que designaba *cultura*, y aparece opuesto por tanto al término *barbarie*: "En esta parte bastantemente vengados quedan los Estrangeros, pues si nosotros los tenemos a ellos por de poca literatura, ellos nos tiene a nosotros por de mucha barbarie" (1729 Feijoo *Teatro crít*, III, 10.ª, 16: 231).

Ya en la década de 1750 menudean las referencias a "la literatura de España", "la literatura española", "la literatura nacional" (frente a "la literatura extranjera") en textos en que unas veces literatura vale como situación cultural del país, pero otras se refiere al conjunto de la producción escrita o intelectual, de la que íntimamente depende: "En los buenos [libros] se gana el [dinero] que emplean los Extrangeros en su compra, y demás de eso se gana con ellos créditos para la literatura de España". (1750 Feijoo *Cartas erud.* III, 31.ª, 12, p. 357).

La figura del Literato

La figura del literato surge en el siglo XVIII. José Antonio Maravall en un trabajo sobre Feijoo, ha observado que esa figura del *literato u hombre de letras* puede ser considerada como paradigma de la Ilustración. Maravall argumenta que el saber de la Ilustración y los textos en que se expresa no son producto de burgueses del comercio, de la industria, etc. No hay hombres de negocios, fabricante... entre ellos, son individuos del clero secular o regular, militares, médicos, etc., constituidos en el nuevo tipo de hombre de letras. La difusión del término debió de contribuir a la publicación, entre 1737 y 1742 del *Diario de los Literatos de España*; la palabra quería traducir el *savants* y el

letterati que aparecían en los títulos de las publicaciones homólogas francesas e italianas a cuya imitación aspiraba y al parecer fue una elección que dio lugar a polémica. En cualquier caso, el contenido del *Diario*, prueba que a los literatos a los que se dirige, constituyen el amplio conjunto de todos los intelectuales y científicos.

La palabra literato en los siglos anteriores es muy infrecuente, eso hace que tenga un carácter novedoso en esta época. El *Diccionario de autoridades* la define como “erudito, docto y adornado de letras”, pero no puedo refrendarla con ningún texto. Su carácter parcialmente novedoso como ya antes había caracterizado a esta palabra, originó que Gregorio Mayans reprochara a los diaristas el empleo de “literato” atribuyendo la elección de esa voz a influjo italiano. La respuesta, como es obvio, de los diaristas no se hizo de esperar, argumentando que letrado tenía en español otro sentido que podía originar confusiones. Tampoco les faltaba razón a los autores del *Diario* cuando afirmaban que la palabra “literato” era empleada por los españoles “modernos” como adjetivo, con el valor de “sabio, docto o culto”.

El uso del sustantivo se puede documentar desde 1726, cuando al comienzo de su obra Feijoo opone *el vulgo* a los *literatos*: “Bástame para darles ese nombre [errores comunes] que estén admitidos en el común del Vulgo o tengan entre los literatos más que ordinario séquito” (1726 *Teatro crít.* I, Pról. p. LXXX). La rápida difusión del vocablo dio lugar a algunas bromas e ironías. En Cristóbal del Hoyo Solórzano encontramos el derivado burlesco *literero*: “ni soy doctor, cirujano, ni literero (quise decir literato), retórico ni elocuente” (c1745 *Madrid por dentro*: 392).

El sinónimo de *literato* es *hombre de letras*, que *Autoridades* no recoge. Sí lo hace, en cambio, Terreros, que remite a letrado o sabio y define al primero de estos dos términos como esa persona que tiene muchas letras, sea en la ciencia que sea.

El tono de queja por la situación en la que se encuentran los hombres de letras en España aparece tempranamente, como en este texto de Cabriada: “Advirtiéndote la calamidad de este Siglo y la que en España sigue ya a algunos hombres de Letras, [...] porque lo que les suele grangear esto no es Honra ni Provecho (se consiguen yo estas cosas en la Médica República por otros Medios)” (1687 *Cartas filósof*: 224).

Como podemos observar, y veremos también a continuación, es amplísimo el sentido de literatura y se traslada, naturalmente, a los adjetivos que designan lo relativo a ella, en primer lugar a “literario”, todo lo que pertenece a las letras, ciencias o estudios. El adjetivo “literario” entra a formar parte de la expresión *República Literaria*, que aunque nacida en el Renacimiento para expresar la comunidad internacional de los

hombres consagrados al saber, alcanza su apogeo en el siglo XVIII. *Autoridades* la define como una la colección de los hombres sabios y eruditos y aparece en numerosísimos textos de la época: “pierde la religión católica el crédito con las mentiras, y la república literaria, libre de suyo en lo justo, se vuelve mazmorra y esclavitud” (1750 Burriel *Apuntamientos*: 304). Alterna con *República Literaria* otros sintagmas como “República de las letras”, “país de las letras”, y sobre todo, aquellos en que la misma idea de universidad se expresa con los sustantivos *orbe* y *mundo*: “esto me ha estimulado a proponer al Orbe Literario un nuevo systema sobre el asunto” (1733 Feijoo *Teatro crít.* V, 15.^a, 2: 322).

Buenas y bellas letras, buena y bella literatura

Los autores latinos hablaban de la *bonae litterae* y de allí los humanistas heredan el concepto de buenas letras, que como señala Huizinga, oponía Erasmo a la barbarie medieval. El término “barbarie” usado por Erasmo comprendía mucho de lo que nosotros apreciamos más en el espíritu medieval. El concepto que tenía Erasmo de la gran crisis intelectual de aquella época era claramente dualístico. Lo consideraba como una lucha entre lo viejo y lo nuevo, que para él significaba lo malo y lo bueno. En los defensores de la tradición solo veía oscurantismo, conservadurismo e ignorante oposición a las *bonae litterae*, esto es, a la buena causa por la cual él y sus partidarios batallaban. *Bonae litterae* resulta ser un término intraducible. Comprende toda la literatura, la ciencia y la cultura clásica, apreciadas como el más sano y saludable conocimiento en oposición al pensamiento medieval.

Nos vamos a encontrar con una situación paradójica, creada por unos adjetivos teóricamente especificativos (buenas, bellas) que apenas significan nada -o que en algunos casos no lo hacen-, ya que en la definición de buenas letras tendían a la misma extensión globalizadora que el término mismo literatura:

-Buenas letras: se llaman universalmente las que en cualquier materia acompañan y constituyen a los hombres verdadera y sólidamente doctos.

-Buenas letras: se llaman también las que pertenecen a la erudición varia, que comúnmente se llaman Letras humanas.

La misma duplicidad de significados aparece en *Terreros*, quien incorpora a su información bellas letras del modo que ahora se verá y aporta definición para letras humanas:

-Buenas letras: en general se dice de todas las ciencias que pueden hacer sabio.
V. Ciencias.

-Buenas letras: se dice comúnmente de las letras humanas. Algunos dicen en Castellano *Bellas letras*.

-Letras humanas: estudio de lenguas, Latina, Griega, &c., al de la Retórica, Poesía, inteligencia de los Poetas, Oradores e Historiadores.

Dos de las Academias más importantes que se fundan en España durante el reinado de Fernando VI, la sevillana y la barcelonesa, están consagradas a las Buenas Letras. Esto, por una parte, nos indica la importancia y el prestigio de que por esos años gozaba esa denominación, y por otra debe ofrecernos una pista segura para aproximarnos a su significado.

En aquellos entonces, la expresión “buenas letras” tenía dos significados, por una parte se hacía sinónima de literatura como “totalidad del saber”, y por otro lado, se identificaban con las Humanidades o Letras humanas. Los mismos significados tenía la expresión de ascendencia francesa “bellas letras”, por lo que una y otra han de considerarse sinónimas. En todo caso, tal vez pueda tenerse por más propio y natural de este sintagma el significado restringido, o al menos así ocurre en francés. Podemos decir también que buena literatura es sinónimo de buenas letras.

No hay duda de que la adjetivación con “bello” (“bella literatura”, “bellas letras”) procedía del francés, y así lo denunciaron en su momento Mayans e Isla. Mayans no desperdicia la oportunidad de reprocharle a Feijoo su empleo. En cuanto a Isla, incluye “bellas letras por letras humanas” en una larga lista de galicismos (1758 *Fray Gerundio* t. III, p. 154), aunque más adelante la emplee él mismo sin intención de censurarla. Al mismo tiempo, una obra del entorno de *Fray Gerundio* nos informa de que los “filósofos modernos” eran conocidos por los tradicionalistas como “señores de las bellas letras” (1758 Munibe, *Aldeanos críticos*: 376a).

La cita de Feijoo recriminada por Mayans era de 1730 (*Teatro crít.* IV, 14.º, 7: 402), pero la adjetivación con “bello” no alcanzará difusión hasta las décadas de 1740 y 1750.

Para terminar con la introducción del trabajo, he de decir que a la hora de estudiar la literatura del siglo XVIII o los autores del siglo XVIII, existe un problema y es

que los propios autores no se autodefinen como filólogos sino como filósofos, ahí radica la dificultad para analizar y caracterizar el concepto de literatura en esta época. No podemos pensar la literatura del XVIII en términos general como lo haríamos con la literatura del XX, puesto que tienen una concepción distinta de sí mismos o de lo que ellos llaman literatura.

ANÁLISIS DE LOS TEXTOS DEL CORDE

A diferencia de otros trabajos sobre literatura, yo solo me voy a limitar a señalar una serie de textos con el objetivo de que el lector entienda lo que subyace bajo el término literatura en cada época. Existe una cierta evolución y es la que vamos a intentar demostrar analizando los textos del CORDE.

A la hora de hacer el comentario de los siguientes textos me he visto en la necesidad de ceñirme a un solo autor, concretamente en Benito Jerónimo Feijoo, puesto que son muchos los casos que aparecen sobre el concepto de literatura en el siglo XVIII.

Antes de comenzar con los textos tengo que decir que he seguido una cierta cronología. He escogido los textos según su fecha de publicación, analizando primero los textos que se publicaron antes hasta llegar al año 1750 que es el año del último texto que he seleccionado. De este modo, el lector podrá observar la evolución del concepto de literatura a lo largo de los años.

Nadie sabe más, que aquella facultad que estudia; sin que de aquí se pueda colegir, sino bárbaramente, que la habilidad no se estiende a más que la aplicación. Si todos los hombres se dedicassen a la agricultura (como pretendía el insigne Thomás Moro en su Utopía) de modo, que no supiesen otra cosa, sería esto fundamento para discurrir, que no son los hombres hábiles para otra cosa? Entre los Drusos, Pueblos de la Palestina, son las mugeres las vnicas depositarias de las letras, pues casi todas saben leer, y escribir; y en fin lo poco, o mucho que ay de literatura en aquella gente, está archivado en los entendimientos de las mugeres, y oculto de el todo a los hombres, los quales solo se dedican a la agricultura, a la guerra, y a la negociación. Si en todo el Mundo huviera la misma costumbre,

tendrían sin duda las mugeres a los hombres por inhábiles para las letras, como oy juzgan los hombres ser inhábiles las mugeres. Y como aquel juicio sería sin duda errado, lo es de el mismo modo el que aora se haze: pues procede sobre el mismo fundamento

(Feijoo 1726: x)

El texto al que me estoy enfrentando es curioso, porque si vamos un poco más allá y observamos qué tipo de personas son las que están familiarizadas con el ámbito literario en Palestina, observamos que solo son mujeres. Son ellas las únicas que saben leer y escribir, mientras que los hombres se dedican a la guerra, a la agricultura, etc.

Si nos vamos a la introducción del trabajo, hemos hablado de que Feijoo relaciona la literatura con la cultura, que a su vez es opuesta al concepto de barbarie. Barbarie puede tener muchos significados, observando nuestro texto identificamos el concepto de barbarie con los hombres, con la actividad que ellos están realizando, en concreto la guerra.

Estamos ante un texto importante, porque no solo estamos oponiendo la literatura o simplemente la cultura a la guerra, que por otro lado es lógico, sino que también se está oponiendo el género femenino al masculino.

A continuación el texto nos saca a relucir una idea que merece la pena comentar. En el texto aparece la idea de que si en todos los países se tuviera la misma costumbre que en esos pueblos de Palestina, las mujeres considerarían a los hombres como personas inhábiles, en otras palabras inútiles para el oficio de leer, escribir, pensar... lo mismo que los hombres piensan de ellas (como se expresa a continuación en el texto). El texto es importante puesto que presenta la imagen de la mujer como poseedora de conocimiento, intelecto, etc. Haciendo un estudio de otros textos de Feijoo me ha llamado la atención un fragmento que lo he recogido como cita puesto que muestra el punto de vista que he defendido anteriormente: “España a quien los Extrangeros cercenan mucho el honor de la literatura, produjo muchas mugeres insignes en todo género de letras” (Feijoo 1726: x). En la cita anterior también aparece ya la idea de extranjero, otro caso que también tiene su importancia en el XVIII y que a continuación comentaré. Como podemos apreciar, ni los hombres son mejores en ámbitos puramente culturales ni tampoco lo son las mujeres, sino que todo tiene que ver con las relaciones sociales que se producen a través de la historia. Una serie de condiciones dan una serie de resultados, una forma de vida diferente, esa es la única explicación posible.

El ilustrísimmo Antonio Augustino, arzobispo de Tarragona, fue uno de aquellos espíritus raros cuya producción perezea siglos enteros la naturaleza, pues a su incomparable comprensión de uno y otro derecho, añadió una profundísimma erudición de todo género de antigüedades eclesiásticas, profanas y mythológicas. Paulo Manuncio, aquel varón tan señalado en el estudio y conocimiento de letras humanas, decía de sí, que comparado con otros era algo en la bella literatura; pero nada si le comparaban con Antonio Augustino. Vossio, aunque desafecto por la patria y enemigo por la religión, le llamó varón supremo, y confessaba que era uno de los mayores hombres del mundo. Llámale el Thuano gran lumbrera de España. El Padre Andrés Schoto le apellida Príncipe de los jurisconsultos y flor de su siglo, añadiendo, que en el cuerpo de este insigne hombre parece habían resucitado, o colocádose en él por una especie de transmigración pythagórica, las almas de aquellos antiguos máximos jurisconsultos Paulo, Ulpiano y Papiniano. Esteban Balucio le celebra de varón ilustrísimmo, y excelentísimmo en todo género de alabanza. Hasta aquel hinchado y sobervio crítico, despreciador continuo de los mayores gigantes en literatura, especialmente de los de la Iglesia cathólica, Josefo Scaligero reformó su arrogancia. (Feijoo 1730: 372)

Lo que caracteriza a este pasaje como un texto importante para nuestro análisis dell concepto de literatura es que por primera vez en Feijoo vemos como al lado de la palabra “literatura” aparece la palabra “bella”. Sin este adjetivo el texto carecería de sentido desde el punto de vista que nosotros queremos valorarlo. Como decía en la introducción del trabajo, durante el siglo XVIII se llega a un situación paradójica, creada por unos adjetivos teóricamente especificativos, esos adjetivos son (buenas, bellas), para referirse a la literatura.

La denominación “buenas letras” tiene como origen Francia. Esta denominación “bellas letras” es sinónima de “buenas letras”, como también de “buena literatura” o “bella literatura”.

Como también he comentado en la introducción, la utilización de “bellas letras” por parte de Feijoo provoca que Gregorio Mayans le reprochara la utilización de este término. Jovellanos por su parte emplea el concepto de “buenas letras” para referirse a

la literatura. Argumenta Jovellanos que la ciencia posee el conocimiento, pero la literatura adorna ese conocimiento, le da hermosura y perfeccionamiento. Es un sentido nuevo que caracteriza el concepto en esta época. Todas las palabras tienen un por qué, ninguna palabra está escrita sin razón alguna, y eso es lo que estoy intentando demostrar basándome concretamente en la palabra literatura.

Unos años después, Feijoo volverá a utilizar este término: "Que no hai pensamientos nuevos en el uso de la bella literatura" (Feijoo *Cartas erud.*: 307). No es que Feijoo no hubiese vuelto a utilizarlo; solo es un ejemplo que he escogido entre otros muchos para demostrar que aunque un término tenga un sentido en una época y otro en otra, no significa que no se pueda volver a utilizar en una acepción que ya ha sido utilizada anteriormente. Todo esto es lo que subyace a través de la historia que cuenta el texto, historia en la que Paulo Manuncio afirma que el hace literatura, pero que no es nada en comparación con Antonio Augustino.

De Antonio de Nebrija, conocido en nuestras aulas solo por un gramático insigne, se lee lo siguiente en el gran Diccionario Histórico: Haviendo estudiado en Salamanca, y después passado a Italia, paró en la Universidad de Bolonia, donde adquirió una literatura tan universal que generalmente le acreditó, no solo de un docto gramático, mas aun del hombre más sabio de su tiempo. Demás de las lenguas, y las bellas letras, sabía también las Mathemáticas, Jurisprudencia, Medicina, y Theología. (Feijoo 1730: 410)

Al leer el texto podemos observar cómo se caracteriza a Antonio de Nebrija como un escritor que alcanzó grandes conocimientos en temas de literatura, pero lo importante es el significado que tiene el concepto literatura en el momento en el que se escribió, o sea, en los años treinta del siglo XVIII. La literatura se considera una materia de conocimiento tan importante como las matemáticas, teología o la medicina. Como ya antes había comentado en el texto anterior, unas de las características a destacar sobre el concepto de literatura en el siglo XVIII es la dotación del adjetivo "buenas" o "bellas" para la palabra literatura. Aquí podemos volver a observar como Feijoo vuelve a utilizar el término "bellas", pero esta vez refiriéndose a las letras. Un adjetivo que se da en esta época por una serie de circunstancias que antes no se daban, puesto que los acontecimientos que tienen que ver con al historia, la literatura o la

filosofía entre otras no vienen por si solas, tienen que darse una serie de circunstancias para que eso suceda. Antonio de Nebrija aparece en el texto como un erudito, docto y adornado de letras, justamente la definición que da *Autoridades* sobre el concepto de literato, esa persona que trabaja con las letras y que se caracteriza por poseer un cierto conocimiento sobre la materia. Si volvemos a releer el texto podemos ver que aunque no se le describe con esas palabras si es esa la idea que realmente subyace del texto, la que debemos de captar para encontrar el sentido de la palabra literatura en el texto.

Los autores de Trevoux no hablaron palabra en la materia. Solo imprimieron la carta de el Anónimo, ut jacebat, sin poner cosa alguna de suyo, sin afirmar ni negar, sin assentir ni dissentir. Esto es lo que practican con todas las noticias literarias que se les subministran de varios reinos, y estampan al fin de cada mes. Assí muchas veces se enquentran unas noticias contradictorias a otras. Si yo les escribiesse ahora, que el Anónimo de Zaragoza es un impostor, que su carta está llena de falsedades, que el decir que yo copio, ni en todo ni en parte las Memorias de Trevoux, es una horrenda calumnia, &c., imprimirían mi carta en el mes correspondiente, como imprimieron la de el Anónimo. Si les escribiesse también, que aquí en Oviedo se están traduciendo sus Memorias en castellano, u otra qualquiera patraña perteneciente a literatura, esto mismo imprimirían allá; porque su incumbencia es publicar las noticias que se les comunican, sin assenso ni dissenso, y aun sin examen (porque este, por la mayor parte, les es impossible) de la verdad o falsedad que tienen. (Feijoo 1733: 385)

Del texto al que ahora nos vamos a enfrentar podemos rescatar directamente una serie de palabras: “su incumbencia es publicar las noticias que se les comunican, sin assenso ni dissenso”. Es un texto en el que podemos ver el mercado, concretamente el mercado literario. Hasta este momento no habíamos podido hablar del concepto de literatura en este contexto.

La literatura se presenta como un mercado, como un negocio, donde no se hace distinción alguna con respecto a los textos, sino que todos son editados, todos salen a la luz. Pero ¿cuál es el verdadero problema de todo esto?, pues la respuesta es bien sencilla. Hoy quizá menos porque tenemos más facilidad para conocer determinadas

cuestiones, tenemos la información en la mano y podemos contrastar una noticia con otra, pero aun así cuando vemos una determinada noticia o idea por el hecho de estar plasmada en un papel nos la creemos sin pararnos a pensar que puede ser una patraña enorme. Sentimos respeto por las cosas que están impresas y confiamos en lo que nos están informando, por eso es importante este texto. Se publican todo tipo de documentos sin más, lo único que importa es el dinero, avanzar en la vida y en el mercado y da igual a quién te dejes atrás o qué vehículos has tomado para conseguirlo. Eso es lo que nos ha enseñando el capitalismo: o produces o no eres nadie, no existes dentro de un sistema, y en esta época ya se estaba observando, quizá a menor escala pero lo importante es que ahí está reflejado, la literatura, el concepto de literatura convertida en mercado.

Esto me recuerda a un poema de Bertolt Brecht: “Para ganarme el pan, cada mañana/ voy al mercado donde se compran mentiras. / Lleno de esperanza, / me pongo en la cola de los vendedores” (Brecht, *Poemas y canciones*, 1984: 133). Esto mismo que dice Brecht y que también aparece en el texto es lo que hemos comentado, todo se comercializa, y bajo el nombre de cultura o literatura, se esconden todo tipo de falsedades.

La sexta y última causa es la emulación (acaso se le podría dar peor nombre), ya personal, ya nacional, ya faccionaria. Si V. md. examinase los corazones de algunos, y no pocos, de los que declaman contra la nueva filosofía, o generalmente, por decirlo mejor, contra toda literatura, distinta de aquella común que ellos estudiaron en el aula, hallaría en ellos unos efectos bien distintos de aquellos que suenan en sus labios. Oyéseles reprobarla, o ya como inútil, o ya como peligrosa. No es esto lo que pasa allá dentro. No la desprecian o aborrecen, la envidian. No les desplace aquella literatura, sino el sugeto que brilla con ella. ¡O, cuántas veces, respecto de este, hay en ellos aquella disposición de ánimo, que el padre Famiano Estrada pinta en Guillermo de Nassau, respecto de el Duque de Alba. Quem palam oderat, clam admirabatur. (Feijoo 1745: 257)

“El sugeto que brilla con ella”, esto es fantástico, puesto que nos está hablando del escritor, del autor de la obra, eso a lo que nosotros hemos llamado en la introducción

“literato”.

Aquí vemos como aparece lo que hemos llamado en la introducción la lógica del sujeto como poseedor de su propia obra, como poseedor de su propia literatura. Ese “su” es muy importante, por que ese “su” implica que el autor es consciente de lo que escribe y para qué escribe.

El diccionario de *Autoridades* lo define como una persona docta, erudita y adornada de letras, pero aquí en el texto ese literato o sujeto que brilla con la literatura no aparece con ese sentido, sino que se hace con el sentido de que la sociedad, o determinados grupos de la sociedad, juzgan textos por el hecho de ser nuevos, pero en realidad no lo hacen por envidia a los textos sino por envidia a ese sujeto que subyace entre las palabras. Si no existiese esa idea de sujeto, la envidia no existiría, por tanto, este texto nunca hubiera sido escrito.

¿Mas a qué propósito, escribiendo a V. Rma., le represento la excelencia de una obra, que supongo ha leído y, consiguientemente, conocido su valor? No lo hago por informar a V. Rma. de lo que ya sabe, sino por complacerme a mí mismo de lo que acabo de saber. No es esto dar a V. Rma. la noticia, sino satisfacer mi propia inclinación. Explícome. No ignora V. Rma. la náusea, la indignación, la pesadilla, que muchos años ha estoy padeciendo de ver tantos infelices escritos como en este siglo salen de nuestras prensas, que en vez de acreditar en otras naciones la literatura española, la infaman y desacreditan. ¿Qué me sucede, pues? Que quando en España, y de pluma española, sale uno u otro escrito excelente, con la complacencia que me infunden estos, me compenso de la displicencia que me inspiran los otros, mirando los buenos como unos justos vindicadores, o restauradores de el crédito, que hazia los estrangeros nos quitan los malos. De aquí es, que prendado de la hermosura de aquellos, caygo en la flaqueza común de los enamorados; esto es, alabar y realabar oportune, importune, venga, o no venga, el objeto que ha inflamado su cariño. Y de que lo hago assí con los pocos escritos de alguna perfección, que produce tal qual ingenio español, doy por testigos a todos los que comúnmente me tratan, y trataron. No me contento con leer y estimar los buenos libros, quando ellos son de algo

sobresaliente nobleza, me apasiono extremadamente por sus autores, y efecto de [...]. (Feijoo 1745: 424)

En el texto Feijoo hace una crítica de los escritores. El concepto de literatura lo relaciona con la literatura española, y en base a esa idea de la literatura española critica a los escritores, haciendo una defensa de los escritores buenos que trabajan en su oficio (el de escribir), mientras que critica con dureza a los escritores malos acusándolos de ensuciar la imagen que dejan los buenos escritores con respecto a los extranjeros. Ya antes habíamos hablado de la imagen del extranjero y de la literatura española. Esto es muy importante, porque una cosa sostiene a la otra. La idea que se tiene de la literatura española nos la dan los extranjeros, comprando o hablando de ella fuera de España, por tanto, el concepto de nación en la literatura del XVIII carecería de importancia si esta imagen/concepto del extranjero como beneficiario de nuestra literatura no existiera.

Luces en lo que ignora, ya llenando de ineptias y falsedades las cabezas de infinitos lectores, que si no hubiera tales libros, se ocuparían en la lectura de otros útiles; y aun quando no lo hiciessen, harto mejor les estaría no leer ninguno, que leer estos. El segundo es contra el interés de el Estado, porque se emplea mucho papel extranjero en la impresión de estos libros inútiles, y el dinero que se gasta en su compra, se pierde para España, sin resarcirse de modo alguno en la venta, porque rarísimo de tales libros passa, por vía de venta, a las naciones extranjeras, sucediendo todo lo contrario en la impresión de los buenos libros. De suerte que, según la diferente calidad de ellos, o pierde o gana España en la impresión; en los malos pierde el dinero con que se compró el papel, que viene de fuera de el reyno; en los buenos se gana el que emplean los extranjeros en su compra, y demás de esso se gana con ellos crédito para la literatura de España. (Feijoo 1750: 389)

En el párrafo se recoge la idea que ya habíamos anunciado en la introducción. El texto pertenece al año 1750, y como ya hemos explicado, son abundantes las referencias a “la literatura de España”, “la literatura española”, “la literatura nacional”, frente a “la literatura extranjera”.

El texto nos habla de la producción literaria, del mercado. Viene a decir que

según como sean los textos, bueno o malos, la economía del país será mayor o menor, puesto que si los textos son malos y se gasta más dinero en producirlos que el beneficio que con ellos se gana, la economía del país disminuye, pero si los textos son bueno y el coste de producción es menor que el beneficio obtenido, la economía del país aumenta, porque los extranjeros vienen aquí a comprar los textos (libros).

Todo esto que estoy diciendo no tendría sentido si no existiera la idea de nación, de país, en este caso, España. Se habla de los libros, que si son buenos producen beneficio para el país y si no, no, pero claro, si la idea de país no se tiene tampoco se tendría esta idea de beneficio, y tampoco se podría unir el término nacional al término literatura y no hubiese podido aparecer este sentido del término.

ANÁLISIS ESTADÍSTICO: CONCEPTO DE LITERATURA EN EL SIGLO XVIII.

Al igual que en el apartado anterior, me veo en la necesidad de analizar estadísticamente el concepto de literatura basándome solo en la primera mitad del siglo XVIII, y centrandolo en un autor, Benito Jerónimo Feijoo.

Según he podido observar, haciendo un estudio estadístico según los años de publicación de los libros de Feijoo, él utiliza el concepto de literatura en su libro *Teatro crítico universal* unas cinco veces. Luego en 1728 en *Theatro crítico universal, o discursos varios en todo género* utiliza el término unas cuatro veces. En 1730 nueve veces. En 1733, tres veces. En 1734 en su libro *Teatro Crítico Universal, o discursos varios en todo género* utiliza el término cuatro veces. En 1736 utiliza el término dos veces. En 1742 en *Cartas eruditas y curiosas* utiliza el término unas tres veces. En 1745, siete veces y finalmente en 1750 también en su libro *Cartas eruditas y curiosas* utiliza el término unas nueve veces.

COMENTARIO PERSONAL DEL TRABAJO

Creo que para poder hacer un análisis del trabajo, debería de comentar cómo han sido mis días enfrentándome al concepto de literatura y qué beneficio o perjuicio saco al respecto.

Durante todo momento he sido consciente de la dura tarea que implica estudiar la literatura, su nómina infinita de autores, quién dice esto, qué escribió ese autor, etc. Que no se me malinterprete, amo mi trabajo. Nunca te sientes escritor hasta que no empiezas a escribir, pues aquí pasa lo mismo, hasta ahora no sabía lo que era realizar un trabajo de este tipo, por tanto, hasta ahora no había tenido la sensación de estar haciendo un trabajo de verdad sobre literatura o sobre una determinada cuestión.

Si algo sé que he aprendido, y no hay duda de que lo he aprendido, es que para estudiar la literatura hay que estudiar las palabras, pero no basta con las palabras, sino que hay que estudiar las palabras en su contexto histórico, tenemos que hacer un análisis comparativo de la palabra y así comprender por qué tiene un sentido en un determinado momento, por qué tiene otro distinto en otro determinado momento y por qué se da esa circunstancia, puesto que el significado de las palabras no permanece inmóvil.

El trabajo, las horas dedicadas a él, me ha enseñado a leer los textos de una forma diferente, con otro tipo de lentes, no se trata de leer palabras sino de descubrir sentidos. Ahora soy verdaderamente consciente de ello, y espero que la persona que lea esto también tenga la misma sensación que tengo yo en este momento, puesto que amamos las palabras y utilizamos las palabras, por tanto, para utilizar las palabras debemos de saber cómo son las palabras, para qué las estamos utilizando y por qué tienen ese sentido.

BIBLIOGRAFÍA

-MIRANDA DE LA GANDARA, PEDRO ÁLVAREZ, (1991), *La formación del léxico de la ilustración en España durante la primera mitad del siglo XVIII (1680-1760)*, Universidad Complutense de Madrid.

-*Diccionario de Autoridades* (1963), Editorial Gredos. Madrid.

*Textos utilizados del CORDE:

-JERÓNIMO FEIJOO, BENITO, (1998), *Teatro crítico Universal, I*, Instituto Feijoo del siglo XVIII (Oviedo).

-JERÓNIMO FEIJOO, BENITO, (2003), *Theatro crítico universal, o discursos varios en todo género de materias, para desengaño de errores...*, Real Academia Española (Madrid).

-JERÓNIMO FEIJOO, BENITO, (2004), *Cartas eruditas y curiosas, en que por la mayor parte se continúa el designio en el Theatro Crítico...*, Real Academia Española (Madrid).

